

SAN JOSE, COSTA RICA

30 de Junio de 1914

Año IV



Núm. 84

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

dirigida por CARMEN LIRA

CO, ZELEDON
OMPAÑIA
EDITORES



ARTURO GARCIA SOLANO
DE LOS JÓVENES CANTORES DE COSTA RICA

LITERATURA, CIENCIAS
Y
CRITICA BIBLIOGRAFICA

20 cénts.

RENOVACIÓN

PUBLICACIÓN QUINCENAL

LITERATURA + CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

FALCÓ, ZELEDÓN & CÍA., EDITORES

CONDICIONES DE ABONO:

Costa Rica, trimestre..... ₡ 1.00
Extranjero, año..... \$ 2.00 oro am.

ADMINISTRACION:

Esquina frente al Correo — LECTURA BARATA — Apartado Número 638

REVISTAS IMPORTANTES

cuya agencia en Costa Rica sirve la "Lectura Barata"
de Falcó, Zeledón & Cía.

NOSOTROS

Importante revista literaria y científica, argentina.

REVISTA DE REVISTAS

Interesantísima y muy amena publicación editada en la capital de México.

MUNDIAL

La mejor revista artística que actualmente se publica en español.

ELEGANCIAS

La que da mejor y más completa idea de la marcha de la moda parisién y deleita a la vez con su amena lectura.

MUSEUM

Revista mensual de arte español antiguo y moderno. Estudia la producción pictórica más famosa de España y reproduce sus más geniales obras.

LA ESPAÑA MODERNA

De legendaria fama continental

REVISTA GRÁFICA

Llena de interesantes datos y notas gráficas de actualidad.

HOJAS SELECTAS

Cuya excelencia es ya ventajosamente conocida en San José.

THE MUSICAL OBSERVER

Revista mensual, cada uno de cuyos números contiene diez piezas escogidas. El suscriptor, pues, tendrá *ciento veinte* obras musicales por CINCO COLONES.

LAS MARAVILLAS DEL MUNDO Y DEL HOMBEE

Obra que constará de 50 entregas compuestas de 32 páginas. Esta obra constituye una revista de las más asombrosas maravillas del mundo. Valor: 50 céntimos el cuaderno.

TIERRA!

Periódico semanal defensor del sindicalismo moderno. Precio: 5 céntimos el número.

San José, Costa Rica

30 de Junio de 1914

RENOVACIÓN

LITERATURA - CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

Año IV

FALCÓ, ZELEDÓN & Cía., EDITORES

Núm. 84

Arturo García Solano

Un cantor nuevo

Ha querido la suerte—maestra en ironías—que al dar por terminada esta nuestra inocente tarea de RENOVACIÓN que ya no puede sostenerse pecuniariamente, elevemos en orgulloso gesto, como si fueran ramos fragantes de una juventud que en campos de victoria emplaza sus ensayos, la producción literaria de los bizarros sucesores de la generación intelectual que ya declina.

Paco Soler, Mario Sancho, Camilo Cruz Santos, Rafael Cardona y Arturo García Solano, han cantado desde estas páginas—como en nido propio—los dorados anhelos de sus corazones. Y hoy que nuestra pequeña empresa se derrumba por innecesaria a la cultura de este país, parécenos que la parvada intelectual se hubiera posado unos instantes para ornar de vida fresca, en acto de misericordia, el tronco desvalido que ya se desplomaba.

Hoy es Arturo García Solano quien nos regala con sus dulces canciones.

Desde luego se advierte en ellas, sea cual fuere el criterio que en el juicio prevalezca, que su autor es

poeta de verdad: de los que sienten la vida y la pintan con pinceles de estrofa; de los que aman la belleza y la cantan con los más hechiceros colores de la armonía.

Y tanto en la versificación de este leal y distinguido compañero como en la de Rafael Cardona, ese otro jovial y venturoso cultor de la poesía, hay que reconocer una manera desenfada y un sí es no es sabia de empezar que otros no tuvimos, y que es augurio de frutos excelentes para el porvenir.

Que él les sea venturoso y que el camino por recorrer no se presente pobre de aquellos porfiados obstáculos que acicatan la voluntad y dan impulsos decisivos al pensamiento triunfador.

¡Bien llegados sean los que vienen en pos de nuestras huellas al estado en que aún resuenan las notas del estribillo melancólico con que despedimos las horas que se alejan:

«Y nosotros nos iremos
y no volveremos más».

Billo

VISION ANDINA

A Billo

Montañas de Atahualpa y Moctezuma,
litúrgicas montañas del pasado:
en vuestras crines se guarece el puma
y se esconde el quetzal tornasolado.

Montes en cuyo casco hay una pluma
que en su viaje las nubes han dejado;
montañas donde el iris en la bruma
finge una torre de cristal labrado.

Os miro cual hieráticas pirámides
que levantarán rudos Faraones
para yacer al fin bajo sus clámides!

O bien—llenas de estragos y vestiglos,—
me parecéis pretéritas legiones
en incesante marcha por los siglos!

VESPERAL...

A los de "La Iniciación"

Como una lámpara china
de ensangrentados encajes,
ostenta un haz de celajes
la góndola vespertina,

y en la cimera opalina
de los lejanos paisajes,
despliega sus cortinajes
cual velas de muselina.

El barco resplandeciente
avanza grave y silente
por mares de terciopelo,

y fingen sus velas rotas
una estrofa de gaviotas
en la página del cielo!

DE "FIGULINAS"

A Mario Sancho

El invierno se marcha
con su lento murmullo
y su kepis de escarcha,
tras el eco lejano de un melódico arrullo.

Una gota... otra gota...
El molino se queja
del olvido que nota
en su amiga más vieja.

Una gota... otra gota...
En la brisa callada
va el perfume maduro
de una espiga dorada
bajo el párpado claro de un destello inseguro.

Una gota... otra gota...
El invierno se ha ido
con su vieja capota
por el bosque dormido...
Una gota... otra gota...
otra gota...

GALANTERIAS DE ANTAÑO

A Leonardo Montalbán

*Fue en aquel buen tiempo, cuando en los rosarios
llevaban los frailes dulces relicarios
y cartas galantes entre los breviarios!*

*En la vieja estancia de blancos pilares
Sor Evangelina llena de azahares
y un perverso fraile de añejos solares,*

*pasaban las noches de claustro, desiertas,
hablando de cosas que se tornan ciertas
lejos del Convento, lejos de sus puertas!*

*

*El perverso fraile fué un Cid del Escándalo
que guardó en sus arcas—con amor de vándalo—
pañuelos y ligas olientes a sándalo...*

*Ojos picarescos y manos de seda,
gentil en el vicio... su historia remeda
la de aquel Don Félix que pintó Espronceda.*

*Ingenua y ardiente Sor Evangelina
llegó hasta darle con su boca fina
todos los deleites de la golosina...*

*Tiempos merovingios cuando en los rosarios
llevaban los frailes dulces relicarios
y cartas galantes entre los breviarios!*

*

*El perverso fraile, lleno de emociones
y en los gruesos labios una rosa té,
asaltó embozado las habitaciones
y aguardó a la monja sobre el canapé.*

*¡Oh la vieja estancia, clara y bizantina!
¡Oh la vieja estancia donde Evangelina
ha apagado el orto de la fe divina!*

*Graves Dolorosas en fondos barruntos,
cubiertas de mantos y tocas de puntos,
con los siete aceros en el pecho juntos!*

*Oleos y perfumes de vasos sagrados
entre emanaciones de polvos regados
y flores marchitas y rizos amados!...*

*Fué en aquel buen tiempo, cuando en los rosarios
llevaban los frailes dulces relicarios
y cartas galantes entre los breviarios!*

*

*Sor Evangelina llena de azahares
y el perverso fraile de la rosa té
—como golondrinas bajo los alares—
se estrecharon juntos en el canapé...*

*—«Has tardado mucho, fraile visionario!
Corderito blanco... ¡siéte noches ya!
¿Fueron otros labios o el Antifonario,
los que te alejaron de mi amor quizá?»*

*Y el perverso fraile—diestro en desagravios—
a la dulce monja convencer logró
con la riente charla que en sus finos labios
como de una fuente límpida brotó:*

*—«Entre los copones y entre los misales,
cada vez que oficio sobre el níveo altar,
vaporosa surge como en espirales
tu visión amada llena de azahar!»*

*«Y por todas partes que mi cuerpo vaya
tu ilusión cautiva seguirá con él...
junto a los océanos dormirá la playa,
donde estén las flores estará la miel!»*

.....

*... Y la dulce monja suspiraba apenas,
recostada al fraile de ojos picarescos,
el corpiño abierto,—nido de azucenas,—
y en los labios tinta de geranios frescos.*

*—«Corderito blanco, fraile visionario...
deja que tus manos como dos nodrizas
velen en mis sueños; y abre en el breviario
de tu boca páginas llenas de sonrisas...»*

*«Quiero ser la errante—frágil mariposa
de apagados brillos y ala temblorosa—
que por fin descansa sobre alguna rosa!»*

*... En su boca fina
se apagó el murmullo de agua cristalina
cual un orto blanco bajo la neblina!*

*

*Y soñando en cosas que se tornan ciertas
lejos del Convento, lejos de sus puertas...
pasaba las noches de claustro, desiertas,*

*recostada al fraile, dulce y palpitante,
que perdió vigiliás y escaló, galante,
tapias y ventanas para ser su amante...!*

Arturo García Solano

Rosalía de Castro

Rosalía de Castro nació en 1837, murió en 1885. Vivió retirada en Galicia. Compuso poesías gallegas y poesías castellanas; escribió también dos novelas. En 1884—un año antes de morir—apareció, impreso en Madrid, su libro *En las orillas del Sar*; no se ha publicado en lengua castellana, y durante nuestro siglo XIX, un volumen de más espirituales, delicados, ensoñadores versos. Nadie habló de ese libro. ¿Como puede producirse este fenómeno en la vida de un pueblo? ¿De qué manera un acontecimiento capital, de honda trascendencia, en el pensamiento, en la estética de un país, puede pasar inadvertido? Gustaban los españoles en 1885 y siguen gustando—de la poesía brillante, artificiosa, oratoria; pero aquellos años había entre la generalidad de los escritores, espíritus selectos, delicados; ya en 1884 Leopoldo Alas había publicado dos libros de crítica: uno *La Literatura en 1881*—en colaboración con Palacio Valdés—; otro, los *Solos*. La crítica independiente se había inaugurado. Nadie, sin embargo, reparó en los versos de Rosalía de Castro cuando apareció *En las orillas del Sar*. Años después, en 1902, al formar don Juan Valera su deplorable *Florilegio de poetas castellanos del siglo XIX*, no incluyó en esa antología a Rosalía de Castro; hombres anodinos y mujeres insignificantes acoge Valera en su colección; ni de una página puede disponer para uno de los más grandes poetas castellanos de la decimanona centuria; en la introducción a ese repertorio nombra Valera a Rosalía; la nombra de pasada, a la par de versificatrices vulgares. Hay más: tampoco más tarde, en 1908, logró penetrar Rosalía en la no menos lamentable colección de líricos—*Las cien mejores poesías*—formada por Menéndez y Pelayo. Y hay todavía más, aunque parezca colmo increíble: Antonio de Valbuena en un trabajo—que figura en

uno de sus libros—dedicado al examen de la antología de Menéndez, no se acuerda tampoco de Rosalía al citar diversos poetas olvidados o postergados por el erudito montañés.

Esta abrumadora soledad, este olvido de los contemporáneos, esta sistemática postergación, hacen profundamente simpática a Rosalía. De Valera, tan frívolo, tan dogmáticamente superficial, no es de extrañar tal desdén; con desdén eutrapélico—al igual que Campoamor—trató este escritor a pensadores y artistas de cuya idealidad no llegó jamás a enterarse. Causa profunda pena el repasar cierto período de nuestra historia intelectual en que este ligero desdén, esta superficialidad intelectual fué puesta en moda por hombres de viva inteligencia. Nadie llevó más alta esta modalidad mental que don Juan Valera y que don Ramón de Campoamor. No fué conocida Rosalía de Castro, en tanto que críticos y periodistas exaltaban a poetas brillantes, ampulosos, oratorios. Nuestra poetisa vivía alejada de Madrid; no trafagaba en el bullicio de la sociedad literaria; no mantenía correspondencia con nadie; no tenía amigos entre literatos y parlamentarios. Además, Rosalía de Castro rompía en su libro con la tradición secular de la rima. ¿Qué significaba esta manera extraña, absurda de versificar? Aparte de la métrica, cuando se lee a los poetas modernos coleccionados por Valera en su colección y luego se lee a Rosalía, se ve patentemente la honda diferencia que separa a los unos de la otra; se comprende entonces perfectamente el fracaso de Rosalía. Los poetas modernos castellanos (aludo a los que quedan citados) dan una impresión de recortamiento, de rotundidad, de aridez, de sequedad. La poesía de Rosalía, en cambio, produce una impresión de suavidad, de dulzura, de sentimentalidad íntima y efusiva, de luz difusa y vaga.

En 1909 se han publicado en Madrid las obras completas de Rosalía de Castro; uno de los volúmenes de esa colección — el primero — lo constituyen las poesías castellanas *En las orillas del Sar*. Pone un prólogo a la nueva edición el que fué marido de Rosalía: don Manuel de Murguía. Obedecía sólo en sus versos Rosalía — escribe el prologuista — a la cadencia; se separó de la métrica usual en su tiempo. «Causó su innovación tanta sorpresa — añade — que su libro *En las orillas del Sar* fué, por de pronto, mirado, desde este punto de vista, como un atrevimiento indisculpable, por unos; para los más como un enigma». Cuando se repasan las poesías de este volumen se experimenta una emoción extraña: nos hallamos en presencia, en comunicación con un espíritu que une los fenómenos del mundo exterior a sus propios sentimientos, a sus estados de conciencia, por medio de una ideación, no aparente, no manifiesta, sino oculta, como subterránea. De ahí esa especie de incoherencia ideológica que los críticos superficiales pudieran notar en los versos de Rosalía; pero que es, en el fondo, una coherencia íntima, profunda, de una lógica y de una trascendencia idealizadoras. El poeta, por ejemplo, tiene ante sí la visión de un bosque rumoroso y vasto; es en otoño; las hojas van cayendo y cubren de una alfombra amarillenta la tierra. Una «honda angustia» se apodera de Rosalía; su pecho se siente oprimido. Y en este momento — enlazando, sin decirlo, esta tristeza del otoño y este caer de las hojas con recuerdos y remembranzas que no se nombran —; en este instante, angustiada por la evocación íntima del pasado, Rosalía pregunta: «¿Por qué me ha concedido el cielo una tan terca, tan fiel memoria?»

Ama profundamente nuestro poeta la Naturaleza; la eternidad de las cosas la llena de emoción. «Lo que es eterno no puede acabar; la inmensidad no puede tener fin.» Impregnada de emoción ante lo perdurable, lo eterno de las cosas, ve la Naturaleza Rosalía de Castro. Se extasía ante los bosques

sonoros y hoscós, «los altos, gigantes-cos castaños seculares», «las encinas vetustas», los verdes y suaves panoramas de los prados, el mar con sus «sordos bramidos», los paisajes invernales con los «desnudos árboles y los montes cenicientos», las grises neblinas que velan el horizonte, las «nubes pardas» que van avanzando lentamente por el cielo... Frente a esos paisajes melancólicos de su tierra, nuestro poeta va recogiendo su espíritu sobre sí mismo y debatiéndose en internas luchas. No es un espectador indiferente Rosalía; una inquietud interior la desasosiega; ella misma nos habla de «las inquietudes vagas, las ternuras secretas». ¿Qué significado tiene este espectáculo eterno de las cosas que aparece ante nuestros ojos? ¿Para qué las cosas? ¿Para qué nosotros? Y, sobre todo, lo verdaderamente inquietante, lo que nos hace experimentar más vaga sensación de angustia — tan maravillosamente expresada en los versos de Rosalía — es que no podamos definir concretamente qué es lo que añoramos en lo pasado, ni podamos tampoco expresar qué es lo que ansiamos. ¿Cómo concretar ante este mar, ante esta montaña, un sentimiento del pasado que nos invade, ni como hacer visible con palabras un deseo que ahora, en este momento supremo, llena nuestro espíritu? Sólo hay un algo que ansiamos para mitigar la melancolía que nos producen las cosas: el olvido. A esa ansia del olvido llega lógica, fatalmente Rosalía de Castro; de «las aguas del olvido, que es de la muerte hermano», nos habla el poeta.

La piedad y la comprensión bondadosa de todo se producen en el espíritu colocado en tal posición. Piedad y comprensión manan de los versos de Rosalía. Nada más humano, más alto, más delicado, más supremamente comprensor que su poema *Margarita*; ni nadie habrá sentido como nuestro poeta al ver desfilan por los caminos de su tierra los míseros labriegos hacia la costa, en donde embarcarán para lejanos países. Cuando sopla un vendaval duro — escribe — y en el hogar arde el

fuego, «pasan por mi puerta ellos, hambrientos, desnudos, flacos»; entonces el frío hiela mi espíritu, del mismo modo que debe de helar sus cuerpos; mi corazón, al contemplarlos marchar sin consuelo, «se queda opreso y triste». «¡Cuánto no podrán padecer en tí, oh patria—exclama en otra parte—cuando ya tus hijos sin dolor te dejan!» En esa patria, «siempre oprimida y siempre pasto de la ruindad y la ignorancia», piensa también dolorosamente en uno de sus más bellos poemas.

Amaba ansiosamente Rosalía el mar; en el mar veía un reflejo de su espíritu solitario y en perpetua inquietud. Poco antes de morir quiere ver por postrera vez el mar. «Quería ver el mar antes de morir—dice Murguía—; el mar, que había sido siempre, en la Naturaleza, su amor predilecto.» Algún tiempo después expiraba Rosalía. «Cuando la ví encerrada en las cuatro tablas que a todos nos esperan—escribe el mismo— exclamé: *¡Descansa en paz al fin, pobre alma atormentada, tú que has sufrido tanto en este mundo!*»

Hace algunos años, el marido de Rosalía de Castro, este don Manuel Murguía, tan culto, tan afable, vino a Madrid. Pretendía algo a que tenía estricto derecho y en que se ampararía en su vejez. Era un viejecito limpio, callado y escrupuloso; un viejecito con un anticuado sombrero de copa, una levita corta, un bigote largo y una romántica perilla. Anduvo el viejecito de un ministerio en otro. Se pasó quince días subiendo escaleras y esperando en las antesalas. Le ponían la mano afablemente en el hombro y le sonreían; pero no le despachaban lo que pedía en justicia. Al fin, este viejecito—el compañero de uno de los más altos poetas españoles contemporáneos—guardó un día su levita rafa, puso en una caja su sombrero de copa anticuado y se marchó a su tierra, entristecido, lleno de desconsuelo.

Azorín

Las obras completas de Rosalía de Castro: «En las orillas del Sur»; «Cantares gallegos»; «Follas novas»; «El caballero de las Botas Azules», están de venta en esta librería.

El poeta y el campesino

Un joven rondaba por el bosque que separa a Sainte-Marie-aux Mines de Ribau Villé, y, aunque la noche se venía encima y a pesar de la niebla cada vez más espesa, caminaba lentamente, sin importarle ni el tiempo malo, ni la hora. Viéndolo con su traje de paño verde, sus polainas de gamo y su elegante rifle al hombro, alguien lo hubiera tomado por un Nemrod, pero un volumen medio oculto en su mochila, traicionaba al soñador que tenía en la cabeza un pretexto para estar solo. En aquel mismo instante el descuido meditativo de su marcha desmentía sus apariencias de cazador y mostraba que Arnoldo de Munster seguía menos la pista de los venados que los giros caprichosos de su pensamiento fantástico.

Algunos minutos más tarde se le

vino el recuerdo de su familia y de los amigos que quedaron en París. Recordaba su elegante estudio decorado cuidadosamente con grabados fantásticos, telas curiosas, estatuas raras; las melodías alemanas que cantaba su hermana, los versos melancólicos recitados por él junto al resplandor velado de las lámparas de noche, sus largas tertulias donde cada uno traía la confidencia de sus sensaciones más íntimas, donde todos los misterios de los sentimientos se sometían a discusión uno después del otro; eran examinadas, traducidas en palabras encendidas o encantadoras! Por qué había abandonado aquella sociedad exquisita y los placeres escogidos para venir a enterrarse en un campo de Alsacia?

La importancia de los negocios jus-

tificaba suficientemente esta especie de deserción? No habría valido más perder un poco de plata antes que la vida prosaica de la provincia? Qué le sucedería a la naturaleza delicada y escogida del joven, allí, en medio de gentes tan vulgares?

Haciéndose estas preguntas y otras muchas, Arnoldo de Munster seguía su marcha, sin preocuparse del camino que tomaba. Vino a sacarlo de su meditación una niebla que se volvió lluvia y comenzó a empapar su traje de caza. Quiso apurar el paso, pero mirando en torno suyo, notó que se había perdido en los senderos del bosque y en vano buscó el rumbo que debía tomar. Un primer ensayo le bastó para perderlo más. El día se concluyó, la lluvia se puso más espesa, y el joven se hundió a la ventura en los caminos desconocidos; ya lo arrastraba el desaliento, cuando un ruido de cascabeles llegó hasta él, al través de los árboles desnudos. Sobre un camino lateral apareció una yunta de bueyes, conducida por un hombre gordo, en camisa, que se dirigía hacia los senderos que él acababa de pasar.

Arnoldo se le acercó para detenerlo y le preguntó si estaba lejos de Sersberg.

—Sersberg! repitió el carretero, — me parece que no es allí donde usted dormirá esta noche.

—Perdóneme, — hablo del castillo — replicó el joven.

—El castillo de Sersberg? añadió su interlocutor — entonces ni en ferrocarril, señor! Hay seis buenas leguas de aquí a la reja: y en este tiempo y estos caminos, las seis horas valen por doce.

El joven habló. Había salido en la mañana del castillo y no pensaba alejarse tanto, pero el campesino comprendió por sus explicaciones que había seguido un falso camino desde muchas horas antes y que en la creencia de que tomaba el camino de Sersberg, había continuado al contrario.

Ya era muy tarde para reponer este error, la villa más cercana distaba una legua y Arnoldo no conocía el camino; le fué preciso aceptar el hospedaje

que le ofreció su nuevo compañero, cuya hacienda, por dicha, estaba a varios pasos. Ajustó por lo tanto, su paso al del carretero y tanteó entablar conversación con él, pero Moser era poco hablantín parecía del todo extraño a las sensaciones habituales del joven. Cuando éste le mostró el horizonte magnífico que se tendía ante sus ojos a la salida del bosque, y que las últimas pinceladas del sol poniente manchaban de púrpura, el campesino se contentó con hacer un gesto.

—Mal tiempo para mañana, murmuró acomodándose el poncho que le servía de capa.

—Desde aquí debe verse todo el valle, replicó Arnoldo que intentaba horadar las tinieblas que gateaban al pie de la colina.

—Sí, sí, dijo Moser, sacudiendo la cabeza; la cuesta endemoniada es muy alta por acá! He aquí una invención que no aprovecha mucho!

—Cuál invención?

—Cuál ha de ser!, las montañas.

—A usted le gustaría más que todo fuera planito?

—Vaya una pregunta!, gritó el campesino riéndose; es tanto como si se me preguntara si deseo mejor no reventar mis caballos.

—Justamente, dijo Arnoldo con una ironía un poco despreciativa, olvidaba los caballos! Es claro que Dios cuando crió el mundo, debía haber pensado sobre todo en ésto.

—Dios, yo no sé, repuso tranquilamente el campesino; pero con seguridad los ingenieros son culpables de olvidarlos, cuando construyen un camino. El caballo es el mejor amigo del labrador, señor... sin insultar por esto a los bueyes, que también tienen su premio.

Arnoldo miró al campesino.

—De modo que usted en lo que le rodea no ve más que el partido que puede sacarle? — le preguntó con seriedad. — El bosque, la montaña, las nubes, todo esto no dice nada a su espíritu? jamás se ha detenido a contemplar el sol poniente o el bosque alumbrado por

las estrellas, como en este momento?

—Yo? gritó el campesino; buena cosa! crée usted que yo hago almanaque? qué sacaré con su luz de estrellas y su sol poniente? Lo importante es ganar con qué hacer sus tres comidas y tener el estómago caliente... Querría usted un trago de aguardiente de cereza? Éste viene del otro lado del Rhin.

Y tendió una botellita en canastilla a Arnoldo, quien la rechazó con la mano. La grosería positivista del campesino lo arrastró de nuevo a sus pesares y desdenes. ¿Eran mejores los hombres parecidos a él o esos desgraciados esclavos de sólo las necesidades del trabajo, que vivían en el seno de la creación sin mirarla, y cuya alma nunca se levantaba por encima de las sensaciones más reales y más cercanas? Qué era, para esta triste mitad del género humano, el mundo de poesía en el cual el joven saboreaba los más dulces placeres? Llevada por el cabestro del instinto, no parecía condenada a rumiar fuera del Edén cuyas puertas le había abierto una riquísima naturaleza? Parecía que ella viviera en apariencia una vida semejante a la suya; pero qué abismo entre sus almas! Tendrían ellas sólo algunas inclinaciones comunes? Habría algo parecido que probara su fraternidad original? Cada vez más dudaba Arnoldo. Cuanto más reflexionaba, más le parecía que la poesía—flor inmaterial de todas las cosas—era el privilegio de algunas castas exquisitas, mientras que el montón vegetaba sin rumbo en el marco uniforme del prosaísmo.

Tales pensamientos comunicaron a sus maneras un cierto desprecio descuidado para su guía, a quien no dirigió más la palabra. Moser no manifestó ni sorpresa ni resentimiento y se puso a silbar un aire que interrumpía de cuando en cuando con las voces de aliento que mandaba a sus bueyes.

Así llegaron hasta la casa en donde los anunció el ruido de los cascabeles. Un muchacho y una mujer de regular edad aparecieron a un mismo tiempo en el umbral.

—Eh, es el padre! grito la mujer entrándose de nuevo hasta la cocina, en donde se oían voces de varios niños que corrieron hacia la puerta con gritos de alegría, y se prendieron a las piernas del campesino.

—Un momento más, muchachitos!—interrumpió el padre con voz gruesa, huyendo hacia la carreta de donde sacó una canasta cubierta;—Fritz, deja desenyugar.—Pero los niños continuaban sitiando al labrador y gritaban todos a la vez. Se inclinó para abrazar uno después del otro, después dirigiéndose al conjunto:

—Dónde está Juan? preguntó con precipitación, como con inquietud.

—Aquí, papá, aquí, respondió una vocesita aguda que salía de la puerta de la casa; mamá no quiere que salga con esta lluvia.

—No venga, no venga,—dijo Moser, que espantaba los bueyes desenyugados, yo voy hacia usted, entren ustedes para que no le den ganas de salir.

Hablando así, había atravesado la sala y metió a su huésped en una especie de comedor cuyas paredes encajadas tenían como única decoración grabados de colores groseros. Entrando allí Arnoldo distinguió a Juan sentado en el suelo, rodeado de sus hermanos, entre quienes repartía el pastel que le regalara su padre. Pero cada uno hallaba muy grande su parte y reclamaba que le dieran menos; fué preciso toda la elocuencia del jiboso, para obligarlos a que aceptaran las partes tal como él las daba. El joven cazador observó algún tiempo este debate con interés singular y le manifestó su admiración a la campesina cuando los niños volvieron a salir.

—Es cierto,—mire, dijo ella con una sonrisa y un suspiro,—que hay horas en que una diría que les aprovecha ver las enfermedades de Juan: entre ellos difícilmente ceden; pero ninguno rehusa nada a Juan: es como un ejercicio constante de la complacencia y de la abnegación.

—Eso es ¡preciosa virtud! interrumpió Moser: quién pudiera negar algo a un inocente tan sufrido? Es una

barbaridad que un hombre diga esto, pero a este niño, óigalo bien, señor, siempre que lo veo me dan ganas de llorar! A menudo cuando estoy en el campo, pienso en él de repente y me digo: Juan está muy malito? o bien, Juan ha muerto! y entonces me doy prisa en mi tarea, y es necesario que yo ponga un pretexto para regresar a casita y ver lo que sucede. Después de todo él sufre tanto y es tan débil! Si uno no lo ama mucho más que a los otros, sería más desgraciado.

—Sí, sí,—replicó la campesina dulcemente;—la pobre criatura es a un tiempo nuestra cruz y nuestra dicha; quiero mucho a mis hijos, señor; pero cuando oigo el ruido de las muletas de Juan sobre el piso, me siento presa de un estremecimiento de alegría; es una advertencia de que a la querida criatura aún no se la ha llevado el buen Dios. Me parece que Juan trae la dicha a la casa, como los nidos de las golondrinas prendidos a las ventanas; si yo no tuviera que cuidarlo, en verdad creería que nada tengo que hacer.

Arnoldo escuchaba estas ingenuas confesiones de ternura con un interés mezclado de sorpresa. La campesina llamó a una muchacha para que le ayudara a poner la mesa; e invitado por Moser, el joven se acercó a un fogón de zarzas que lo acabó de reanimar.

Como él se apoyara en la campana ahumada de la chimenea, observó un marquito negro que encerraba una hoja seca. Moser lo notó.

—Ah! usted mira mi reliquia, dijo riéndose; es una hoja de sauce llorón que crece allá, bajo sobre la tumba del *Antiguo...* (el Emperador). Lo obtuve con un comerciante de Strasbourg, que había servido en la *vieja...* (guarnición). No lo daría ni por cien escudos.

—Usted ha vinculado este recuerdo a ideas particulares? preguntó el cazador.

—Ideas, no, replicó el campesino; pero yo también tuve licencia en el cuarto de húsares, un valiente regi-

miento, que ha sido devuelto graciosamente a Montmirail! No han quedado más que ocho hombres de nuestro escuadrón; también cuando el Pequeño Caporal pasó por delante de la fila, nos saludó... sí, señor, saludó con su sombrero! Caracoles! allí había gente capaz de dejarse matar hasta el fin, comprende usted? Ah! era el padre del soldado!

Entonces el campesino taquió su cachimba, mirando el marco de madera negra y la hoja seca. Había evidentemente para él, en este recuerdo de una maravillosa suerte, toda una novela juvenil, de emociones y pesares. Recordó las últimas luchas del Imperio, a las cuales había asistido; las revistas que pasó el Emperador, cuando aún su presencia hacía creer en la victoria. El éxito pasajero de la famosa campaña de Francia, pagada tan pronto por el desastre de Waterloo; el desastre del gran Vencido, y su larga agonía en la roca de Santa Elena. Todas estas imágenes atravesaban por la mente del campesino y su frente se arrugaba; su pulgar se afirmaba con más energía en la pipa llena desde rato, y silbaba entre dientes una marcha de su antiguo regimiento.

Arnoldo respetó esta muda preocupación del viejo soldado, y esperó a que él mismo le dirigiera de nuevo la palabra.

La llegada de la sopa, lo sacó de sus sueños; acercó una silla para su huésped y buscó lugar al otro lado de la mesa.

—Vamos! se enfriá la sopa gritó bruscamente; nada he comido desde la mañana salvo una empanada con dos tragos de aguardiente de cereza; comeré un huevo pasado por agua.

Al mismo tiempo, para practicar lo dicho, vació la gran escudilla de sopa y la puso en la grasa que tenía por delante.

Durante unos minutos no se oía más que el ruido de las cucharas, seguido bien pronto por el de los cuchillos que despedazaban la carne de cerdo ahumada, que sirvió la campesina.

Con el ejercicio y el aire puro tuvo Arnoldo un apetito que le trajo el recuerdo de las delicadezas parisien- ses. La grasa de Moser la halló ex- quisita, y su vino le pareció un gran aperitivo que lo excitaba a comer más para beber más y viceversa. La comi- da se amenizaba; pero de pronto cuando el campesino levantó la cabe- za, como golpeado por un recuerdo repentino.

—Y *Farraut*? —preguntó, no lo he visto desde que llegué...

La campesina y sus hijos se miraron sin responder.

—Pues bien qué es lo que pasa? replicó Moser, marcando más su fas- tidio; dónde está el perro? qué ha su- cedido? Responde, Dorotea.

—No te enojés, papá, interrumpió Juan; no se atreverá a decírtelo; pero *Farraut* salió y no ha vuelto.

—Con todos los diablos! Es preciso avisarlo! gritó el campesino golpeando la mesa, y qué camino cogió?

—El camino de Garennes.

—Cuándo?

—Después de almuerzo; lo vimos remontar el sendero.

—Ahora falta que le haya sucedido alguna cosa, dijo Moser levantán- dose... El desgraciado animal no vuelve más y hay tantos arenales. Búscame la piel de cabra y la linterna, mujer; es preciso que yo halle a *Farraut*, vi- vo o muerto.

Dorotea salió sin decir palabra so- bre la hora y el mal tiempo y bien pronto apareció con lo que su marido le pedía.

—Le debe usted algún favor muy grande a ese perro? preguntó Arnoldo muy sorprendido de semejante em- presa.

—No yo, repuso Moser, que encen- día la pipa; pero él prestó un servicio al padre de Dorotea. Un día en que regresaba del Poutroye con la suma de sus dos bueyes, cuatro hombres quisieron matarlo para quitarle la pla- ta y esto hubiera sucedido sin *Fa- rraut*; de este modo, cuando murió, hace dos años, el buen hombre me llamó a su lecho y me encargó que

cuidara al perro como a uno de sus hijos... Estas fueron sus palabras... Prometí y sería una vergüenza que no cumpliera mi palabra con los muertos...

—Eh! Fritz, dame un bastón de hierro... No desearía,—oye usted? por nada del mundo que le haya pasado algo a *Farraut*... Es un animal que vive con la familia desde hace veinte años... que nos conoce a todos por la voz... y que recuerda al abuelo... Hasta luego, señor, y buenas noches, hasta mañana.

Moser se arrolló en su piel de cabra y salió. Se oía perderse el ruido de su bastón de hierro entre los rumores del viento y de la lluvia que caía aún.

Después de un largo silencio, la campesina propuso al cazador que lo llevaría al albergue que le habían des- tinado; pero Arnoldo pidió permiso para esperar la vuelta del patrón de la casa, si esa vuelta no tardaba de- masiado.

Comenzaba ya a interesarle el hom- bre que poco antes le pareció tan vul- gar y de tan baja familia, entre la cual, él supuso que se vivía una vida desprovista de valor.

Sin embargo la vigilia se prolonga- ba mucho sin que Moser apareciera. Los niños se durmieron uno después del otro, y el mismo Juan, que había resistido más tiempo tuvo que irse a la cama. Dorotea, inquieta, iba de la cocina a la puerta de la calle y vice- versa sin distinguir nada. Arnoldo probó a tranquilizarla, pero su espí- ritu estaba exaltado con la espera; ella inculpaba a Moser de no cuidar ni por su salud ni por su seguridad; de estar siempre listo a sacrificarse por los otros; de no resignarse con el sufri- miento de un hombre o de un animal sin exponerse a todo por aliviarlo; y a medida que multiplicaba sus quejas, que se parecían singularmente a una glorificación, sus zozobras eran más agudas; tenía mil funestos presenti- mientos.

En la víspera, el perro había aulla- do durante toda la noche; un buho vino a posarse en el techo de la casa



ese día era martes, día habitualmente enojoso para la familia. Sus congojas habían llegado a tal punto que el joven cazador le propuso que iría en busca de su marido; ella iba a despertar a Fritz para que lo acompañara, cuando se oyó un ruido en la oscuridad nocturna.

—Es Moser! dijo la campesina, que se detuvo de pronto.

—Alóo! Eh! abre ligero mujer, gritó el campesino desde afuera. Ella corrió a abrir la puerta y Moser apareció trayendo en sus brazos al viejo perro ciego.

—Helo aquí, dijo alegremente; Dios me salve! llegué a creer que no lo encontraría jamás; el infeliz animal había rodado al fondo de la gran cantera.

—Y fuiste a buscarlo hasta allá? preguntó Dorotea asustada.

—Querías, entonces, que lo dejara en el fondo para hallarlo mañana ahogado? replicó el antiguo soldado. Me escurrí a lo largo del borde del gran precipicio y lo he traído en mis brazos como a un niño; sólo que la linterna se me quedó allá.

—Pero, desgraciado, tú arriesgabas la vida! exclamó Dorotea a quien producían escalofríos las explicaciones de su marido.

Este hizo un movimiento de hombros.

—Ah! no es nada! dijo con una alegría indiferente.—Si nada se arriesga, nada tiene uno; encontré a *Farraut* y esto es lo principal. Si el abuelo nos ha visto desde arriba, él estará contento.

Esta reflexión, hecha así, con un acento casi indiferente, emocionó a Arnoldo que alargó con entusiasmo la mano al campesino.

—Lo que usted ha hecho es de un corazón fuerte, dijo emocionado.

—Y qué hice? Impedir que un perro se ahogara? Válgame Dios! perros y hombres.. a Dios gracias, he apartado desde que nací más de un tropiezo; pero algunas veces he tenido mejor tiempo que hoy. Oye, mujer, por allí debe haber un vaso para

cognac; trae un poco acá en la botella, que quiero calentarme; nada hay que seque mejor cuando uno está mojado.

Dorotea trajo la botella al campesino, que bebió a la salud de su huésped; después cada uno se fué a dormir.

Al día siguiente amaneció el tiempo bueno; el cielo barrido de nubes brillaba con esplendor; cantaban los pájaros, sacudiendo las alas sobre los árboles aún húmedos.

Cuando bajó del granero, donde le habían preparado una cama, Arnoldo halló cerca de la puerta a *Farraut* que se calentaba al sol naciente, mientras Juancito, sentado sobre las muletas le preparaba un plato de granos. Más allá, en la primer pieza, el campesino bebía una copa con un mendigo que acababa de pedir la limosna semanal; Dorotea llenaba una alforja.

—Vamos, viejo Enrique, un trago más, dijo el campesino, llenando el vaso del mendigo; para continuar la jornada es preciso que tomes valor.

—Uno lo halla aquí, observó el portidoro con una sonrisa; hay muchas casas en el barrio adonde le dan a uno más; pero no hay ni una en donde le den además buen corazón.

—Calla, maestro Enrique, interrumpió Moser; es uno quien debe hablar de esas cosas? bebe y deja al buen Dios que juzgue las acciones de cada uno. Tú también serviste; somos viejos camaradas.

El viejo se conformó con sacudir la cabeza, chocó su vaso con el del campesino; pero se veía que estaba más enternecido con la cordialidad que precedía a la limosna, que con la limosna misma.

Cuando hubo tomado su alforja y despedidose, Moser lo miró marcharse hasta que torció por el camino. Entonces respirando ruidosamente:

—Un pobre viejo rodando aún por las calles?—dijo volviéndose a su huésped:—Créame si gusta, señor, pero cuando veo hombres con la cabeza vacilante, que van así de puerta en puerta, implorando un pan, la sangre

se me devuelve! Yo quisiera abrigarlos a todos y beber con ellos a cada rato como con el maestro Enrique. Es muy hermoso decir, dígame: para que una vida semejante no te destruya hay que pensar en que existe allá en el cielo un país en donde los que no han sido aquí llamados, recibirán doble ración y doble paga.

—Ah! conserve usted esa esperanza que sostiene y consueta. No olvidaré nunca las pocas horas que he pasado en su casa y espero que no serán las últimas.

—Como usted guste, dijo el viejo soldado; si la cama de allá arriba no le pareció muy dura, y si usted digiere nuestro tocino ahumado, venga sin preocuparse y nosotros lo atenderemos.

Sacudió la mano que le tendía el joven, le indicó el camino que debía seguir y no lo perdió de vista hasta que lo vió desaparecer en el recodo del camino.

Arnoldo marchó algún tiempo con la cabeza baja; pero, distinguiendo la cumbre de la casita, se volvió para mirarla por última vez, y, notando la chimenea de la casa por encima de la cual se retorció un humo leve, sintió que una lágrima de ternura se desprendía de sus ojos.

—Que Dios proteja a los que moran bajo aquel techo y que los conserve, murmuró a media voz, pues allí donde el orgullo me hizo ver criaturas incapaces de comprender las delicadezas del alma, encontré modelos para mí mismo; juzgué la forma sobre el fondo y creí ausente la poesía, porque en vez de manifestarse con exterioridades, se ocultaba en el corazón de las cosas mismas; un hábil observador rechazaba con el pié lo que creía guijarro, sin acordarse que bajo esas groseras escorias, se ocultaban diamantes.

Emilio Souvestre

BIBLIOTECA DOMENECH

OBRAS PUBLICADAS:

ALMAS ANÓNIMAS, Eduardo Marquina
 MANZANA DE ANÍS, Francis Jammes
 EL CASO LEAVENWORTH; esta obra consta de dos tomos, A. K. Green
 JACOBÉ, Joaquín Ruyra
 ZALACAÍN EL AVENTURERO, Pío Baroja
 JUVENTUD DE PRÍNCIPE, W. M. Förster
 TOM SAWYER, DETECTIVE, Mark Twain
 EL AMOR CATEDRÁTICO, G. Martínez S.
 LA ENJUTA, Víctor Catalá
 ¡DIOS SALVE A LA REINA!, Allen Upward
 LA BELLA DORMÍA EN EL BOSQUE, Francois de Nion
 REBELDÍA, Joaquín Dicenta
 EL SEÑOR DE HALLBORG, Hedenstjerna
 KOLSTOMERO, Conde León Tolstoi
 CASA POR ALQUILAR, Carlos Dickens
 MINNIE, Andrés Lichtenberger
 EL DRAGÓN DE FUEGO, Jacinto Benavente
 ERNESTINA, Prudencio Bertrana
 BODA OFICIAL, R. H. Savage
 EL HURTO SABROSO, novela árabe, traducida por José Carner
 REY EN LA TUMBA, Anthony Hope
 FAUSTO, Ivan Turgueneff
 EL SILENCIO, Eduardo Rod

APUNTES DE UN DESCONOCIDO, 2 tomos, Fedor Dostoyeusky
 LAS CEREZAS DEL CEMENTERIO, G. Miró
 EL ESPADA MONTES, Frank Harris
 JERUSALÉN EN DALECARLIA, S. Lagerlöf
 LA VOZ DE LAS CAMPANAS, C. Dickens
 HISTORIAS DE LOCOS, Miguel Sawa
 NERTO, Federico Mistral
 ANSIAS DE VIDA, Luis Q. Huertos
 NUESTRAS HERMANAS, Henri Lavedan
 ¿CULPABLE?, W. Le Queux
 EL LUNAR, Alfredo de Musset
 POR LA VIDA, J. Pous y Pagés
 LAS ROCAS BLANCAS, Eduardo Rod
 SU MAJESTAD, Henri Lavedan
 EL CADÁVER VIVIENTE, León Tolstoi
 EL REFLUJO, R. L. Stevenson
 ALMAS EN PENA, Bjornstjerne Björnson
 ERÓTICA, B. Morales San Martín
 RELATO DE UN NIHILISTA, A. Tchekov
 EL CUPÓN FALSO, León Tolstoi
 MARÍA, Jorge Isaacs
 DEL HUERTO PROVINCIANO, G. Miró
 EL SECRETO DEL AHORCADO, C. Dickens
 BALADA, R. Sánchez Díaz
 EL ABISMO, C. Dickens y W. Collins

LA LECTURA BARATA atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

Imprenta y Librería Alsina. San José, C. R.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

LECTURA BARATA, LIBRERÍA DE FALCO, ZELEDON & Cía.

LAS NOVEDADES DE LA QUINCENA

DR. GUSTAVO LE BON

- Las opiniones y las creencias*,
1 tomo..... 1 65
*La psicología política y la de-
fensa social*, 1 tomo..... 1 65

BIGOURDAN

- La astronomía*, 1 tomo..... 1 65

E. BOINET

- Las doctrinas médicas. Su evo-
lución*, 1 tomo..... 1 65

A. BINET

- El alma y el cuerpo*, 1 tomo.. 1 65
*Las ideas modernas acerca de
los niños*, 1 tomo..... 1 65

EMILIO BOUTROUX

- Ciencia—Religión*, 1 tomo ... 1 65

A. VAN GENNEP

- La formación de las leyendas*,
1 tomo..... 1 65

L. DE LAUNAY

- La conquista mineral*, 1 tomo. 1 65
La historia de la tierra > 1 65

E. LICHTENBERGER

- La Alemania moderna. Su
evolución*, 1 tomo..... 1 65

E. PIERON

- La evolución de la memoria*,
1 tomo..... 1 65

E. PICARD

- La ciencia moderna y su esta-
do actual*, 1 tomo..... 1 65

LUCIANO POINCARÉ

- La Física moderna*, 1 tomo... 1 65

H. POINCARÉ

- El valor de la ciencia*, 1 tomo. 1 65
La ciencia y la hipótesis, 1 tm. 1 65
La ciencia y el método, 1 tomo. 1 65

AZORIN

- El político*, 1 tomo..... 1 75

MARTINEZ SIERRA

- La tristeza del Quijote*, 1 tomo. 2 00
Canción de cuna, 1 tomo.... 1 75
La sombra del padre, 1 tomo. 1 75
El agua dormida, 1 tomo.... 1 75
El poema del trabajo, 1 tomo. 1 75
La casa de la primavera, 1
tomo..... 1 75
Teatro de ensueño, 1 tomo.... 1 75
Sol de la tarde, 1 tomo..... 1 75
Primavera en otoño, 1 tomo.. 1 75

RICARDO LEON

- Los centauros*, 1 tomo..... 2 00
La escuela de los sofistas, 1
tomo..... 1 75
Alcalá de los zegríes, 1 tomo. 1 75
Comedia sentimental, > 1 75
El amor de los amores > 1 75
Casta de hidalgos.... > 1 75
Alivio de caminantes. > 1 75

PLOTINO CUEVAS

- Tinieblas en las cumbres*, 1 tm. 1 75

TEATRO DE LOS QUINTEROS

- Cada tomo. 1 75

JOSÉ FRANCÉS

- La débil fortaleza*, 1 tomo ... 0 50

DR. J. HERICOURT

- La higiene moderna*, 1 tomo. 1 65
*Las fronteras de la enferme-
dad*, 1 tomo..... 1 65

E. VAN BRUYSEL

- La vida social y sus evolucion-
es*, 1 tomo..... 1 65

FEDERICO HOUSSAY

- La naturaleza y las ciencias
naturales*, 1 tomo..... 1 65

VAZ FERREIRA

- Ideas y observaciones*, 1 tomo. 7 30

JUAN ROSADI

- El proceso de Jesús*, 1 tomo,
(rústica)..... 2 00
1 tomo, (pasta)..... 3 00